

SOLENIDAD DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR © (50° aniversario de la encíclica “Haurietis aquas” de Pio XII)

La liturgia de hoy, fiesta de la Ascensión del Señor: es una liturgia de gozo y alabanza: *Concedenos, Señor, Dios Todopoderoso, exultar de gozo y darte gracias, por que la Ascensión de tu Hijo Jesucristo es ya nuestra victoria y donde nos ha precedido Él, que es la Cabeza, esperamos llegar también nosotros como miembros de su Cuerpo*”. La celebración de la Ascensión nos invita a contemplar un Misterio de gran significado, dentro del único Misterio Pascual de Cristo que comprende desde su pasión, crucifixión y muerte, hasta el envío del Espíritu santo en Pentecostés.

El final del evangelio de Lucas sitúa todos estos misterios en la misma jornada: quiere, de esta manera, que comprendamos su unidad. Acaban de llegar los discípulos de Emaús y se encuentran con los Once, reunidos con otros discípulos. Y todos comentan: *“Es verdad ha resucitado ...”*. Los de Emaús cuentan lo que les ha sucedido y, en ese momento, Jesús se presenta en medio de ellos y les dice *“La paz con vosotros”* y después de comer con ellos les explica, como había hecho con los de Emaús, que todo lo que ha sucedido estaba dentro del designio de Dios. Todo ha sucedido *“como cumplimiento de lo que estaba escrito en la Ley de Moisés y en los profetas y salmos”*. Y sigue diciendo el texto que *“empezaron a comprender”*. Se dan cuenta de que en Jesús la Revelación de Dios y la Salvación del hombre han alcanzado su plenitud. Este “entender” de los apóstoles ha ido precedido de un “escuchar”. Ellos son la “tierra buena” de la parábola, en la que la Palabra de Dios ha germinado y ha llegado ya el momento de que empiece a dar frutos en abundancia. En Cristo se ha cumplido ya cuanto había de suceder y ahora, sus discípulos van a ser invitados por Jesús a participar en el Misterio de su Amor y a ser testigos, en medio del mundo, de este Misterio. Cristo, muerto y resucitado es la fuente inagotable de la salvación; y , ahora, sus discípulos son invitados a beber de esa fuente, son invitados a *“sacar agua con gozo de la fuente de la salvación”* Y a convertirse ellos mismos en manantial del que manan “ríos de agua viva” (Cf.19,34) (Como indicaba Pio XII, hace cincuenta años, en el comienzo de su Encíclica “Haurietis aquas”)

En el Evangelio vemos como el Señor les promete, para cumplir esta misión, el Espíritu Santo: *“Yo os enviaré lo que el Padre ha prometido”*. Y os lo enviaré para que seáis testigos de cuanto está sucediendo; os lo enviaré para que deis testimonio, ante el mundo, de la salvación que ya estáis experimentando.

El fundamento de este testimonio que han de dar los apóstoles y que implicará toda su vida es el Espíritu Santo: El fundamento de su transformación en Cristo y de su fortaleza es el don del Espíritu Santo. Con el envío del Espíritu Santo se va a cumplir la promesa del Padre. El envío del Espíritu Santo es el fruto de la muerte y resurrección de Cristo y de su perenne intercesión sacerdotal que va a tener lugar tras su Ascensión a los cielos. Jesús, resucitado y glorioso en el seno del Padre es el Sumo Sacerdote que intercede por nosotros y nos abre las puertas de la Vida. De la Carne gloriosa del Verbo, sentado a la derecha del Padre brota incesantemente el Espíritu que da Vida, brota el Espíritu que es el alma de la Iglesia. La carne gloriosa de Cristo, su humanidad glorificada, su Cuerpo transfigurado en el que permanecen los estigmas de la Pasión, la herida abierta de su costado y su Corazón humano traspasado por la lanza, se convierten con su Ascensión a los cielos en el manantial de gracia y salvación que va a mantener llena de vida a la Iglesia y va a hacer posible la unión en la caridad de todos los cristianos.

La fiesta de la Ascensión del Señor nos invita a la contemplación del amor divino manifestado en Cristo muerto, resucitado y elevado a los cielos. El Cristo glorioso que intercede por nosotros ante el Padre es el Cristo crucificado de cuyo costado abierto “manó sangre y agua”; el Cristo glorioso, sentado a la diestra del Padre cuya humanidad ha sido admirablemente asumida e incorporada al misterio de la Trinidad Santa es el mismo que dió su vida por nosotros en la cruz.. Y esta contemplación del amor de Dios manifestado en Cristo ha de convertirse en nosotros, lo mismo que en los apóstoles en una llamada a la que hemos de responder. La mirada al Señor que *“tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades”* (Mt. 8,17) y que ahora vive glorioso y resucitado en el seno del Padre ha de ayudarnos a prestar más atención al sufrimiento y a las necesidades de los demás y a descubrir en nosotros el valor redentor del sufrimiento.

Hemos escuchado en el Evangelio cómo Jesús dice a sus apóstoles, antes de subir el cielo: “*quedaos en la ciudad hasta que os revistáis de la fuerza de lo alto*”: también en el libro de los Hechos se dice: *“... cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo”*.

Esta “fuerza de lo alto” es como un nuevo bautismo: el bautismo del que Jesús ya les había hablado comparándolo con el bautismo de Juan: *“Juan bautizó con agua, pero dentro de pocos días vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo”*. Es el cumplimiento de la profecía de Ezequiel:

“Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará (...) y os daré un corazón nuevo y os infundiré un Espíritu nuevo, arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi Espíritu y haré que caminéis según mis preceptos y que guardéis y cumpláis mis mandatos” (Ez. 36,25-27).

Así pues “la fuerza de lo alto” de la que habla Jesús, el don prometido por el Padre es el Espíritu del Resucitado que conducirá a los apóstoles a la plena comprensión del Misterio divino, revelado en Jesús y les llenará de fortaleza en el ministerio para el que han sido elegidos, les confortará en la tribulaciones y les fortalecerá para dar testimonio de Jesús hasta los confines del orbe.

Un dato importante es que Jesús les pide que se queden en Jerusalén hasta ser revestidos del poder de lo alto: son las últimas palabras de Jesús antes de subir al cielo. Jesús quiere que permanezcan en el corazón del Pueblo de Dios, Jerusalén, porque será ahí donde el Señor, a través de ellos dará a ese Pueblo un nuevo corazón. El corazón de ese nuevo Pueblo será el mismo Cristo: un Cristo ya glorioso, vivo y resucitado en medio de ellos del que nacerá un nuevo Pueblo. Los apóstoles ha de permanecer en los primeros momentos en Jerusalén y han de ir a orar al templo por que, ahora, ellos serán el nuevo Templo,

El evangelio de hoy concluye diciendo: *“Sucedió que mientras les bendecía, se separó de ellos y fue elevado al cielo (...) y ellos volvieron a Jerusalén con gran gozo y estaban en el Templo alabando a Dios”.* En ese gesto de bendición podemos reconocer, además de una despedida, la confirmación solemne de la promesa del Padre. La verdadera bendición será el derramamiento del Espíritu Santo sobre ellos. Y en esa subida de Jesús al cielo y en el derramamiento del Espíritu Santo hemos de ver también el comienzo de la glorificación de la humanidad de Cristo y de la glorificación de la humanidad redimida por Él, la glorificación de todos nosotros que hemos sido redimidos por su sangre.

La Ascensión es la subida gloriosa al cielo de Aquel que bajó del cielo y vuelve victorioso llevando consigo cautiva la cautividad (Sal.67,19; cf. Lc. 10,19); la subida al cielo de Aquel que, como dice S. Ireneo, *“habiendo destruido la muerte, solventado la ignorancia y terminado con el régimen de corrupción bajo el que permanecía esclavizado el hombre, ha manifestado la vida, revelado la verdad y donado la incorrupción”.*

Lo que Cristo asumió nunca lo dejó. Cristo es el Pastor que carga a hombros la oveja extraviada, la devuelve al redil paterno y la ofrece libre

de mancha y servidumbre al Padre. Cristo es el Buen Pastor, con un corazón desbordante de amor y misericordia, que asumió la humanidad perdida uniéndola a Él para siempre, la sacrificó en la cruz por obediencia al Padre y sin perderla la resucitó y la elevó al cielo para vivir eternamente en la intimidad del Misterio divino, en la intimidad del Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Que este misterio del amor divino, lo vivamos muy en comunión con María, la gran Maestra del Amor misericordioso. Que ella nos ayude a vivir en la Eucaristía la entrega de Cristo al Padre y convierta nuestras vidas en instrumentos en la manos de Cristo y en heraldos creíbles de su amor.